

por Albertina en este mundo al triunviro y no la considerara como verdadera legítima pariente. El escritor Lenotre vió á la célebre mujer cuando las pasiones revolucionarias se desvanecieron y sobre Marat cayeran todos los anatemas de la reacción, quizá por su culpa venida, y de la revolución, quizá por su culpa deshonrada. La viuda vivía con la hermana del difunto, soportando todas las adversidades y endulzándolas con la memoria del sér amado. Aunque al momento de morir Marat, se abrieron suscripciones á favor de su familia, ninguna prosperó, y Albertina vivió de su destreza en joyería y de una rentita, quinientos sesenta francos anuales, que le habían legado sus padres. La viuda murió antes que la hermana de Marat. Esta se parecía por tal modo á su hermano, que cuantos la veían, la tomaban por Marat vestido de mujer. Muchos escritores hasta su quinto piso ascendían, primero por ver aquel monumento vivo de la revolución seis lustros después de haber ésta pasado, y luego por llevarse algún recuerdo de sus labios y algún pingajo de su miseria, como suelen los coleccionadores de frases y objetos curiosos. En su bohardilla, sobre sus miserables montones de trapos, que parecían recogidos por una traperera, con todos los signos de una decrepitud vecina de la muerte, la hermana de Marat parecía una calcetera de las que hacían medias en la guillotina mientras el verdugo despachaba sus reos á la Eteridad. Pero si la oíais un rato; lo correcto de su frase, lo profundo de sus observaciones delataban una pensadora y mostraban cómo el pensamiento animó á la revolución hasta en sus mayores extravíos, y animó á los revolucionarios hasta en sus mayores extremos.

Ni la muerte obtiene juicios eternos, como ella, de la Historia. El renombre de los muertos asciende y desciende como el renombre de los vivos. La moda entrega en los sepulcros y viste á su guisa los difuntos, ampliando y restringiendo sus coronas de laureles. En los últimos lustros estuvo de moda regatear y hasta negar á Colón el descubrimiento de América. Shakespeare aparecerá el mismo siempre por su mérito en los altares de la crítica; mas, comparad un juicio de Taine sobre Shakespeare ahora con un juicio de Moratin en el siglo pasado, y veréis cómo para uno es un genio y para otros es un bárbaro. El romanticismo ha cambiado los conceptos y los juicios literarios. Dante y Calderón le parecen dioses á Victor Hugo, y en poco precio los estima quien adora la corte de Luis XIV y recorta los sistemas y series de las ideas con los preceptos de Boileau como se cortan en las alamedas de Versalles los árboles con las tijeras de Lenotre. Así, no debe maravillarnos que, según el estado de aquel delirio por donde pasaba la revolución francesa, bajase del rojo al hielo y subiera del hielo al rojo la reputación de Marat. Todos los historiadores han visto y contado los milímetros de aprecio y desprecio recibidos por la memoria de Marat tras su muerte. Michelet cree que, de haber vivido, salva el asesino á Dantón; y que, de haber salvado á Dantón, evita la terrible conjura de Thermidor y, con aquella terrible conjura, la consiguiente reacción. Yo creo tal generosa ilusión desmentida por la

muerte de Marat á la hora misma en que descoronaba con la rota de los girondinos á Francia y á su revolución de las mejores preseas. Los triunviros habían puesto en una tensión tal con sus pasiones la cuerda revolucionaria, que debía sin remedio romperse. El entusiasmo subsiguiente á la muerte del tribuno se explica por el horror instintivo al asesinato. La herida, que le diera muerte, subiólo á la inmortalidad. Donde más lo humano resalta, en el común tributo satisfecho por todos los mortales á la necesidad de renovación que la naturaleza tiene, brotó lo divino, lo eterno, lo glorioso para Marat. En vez de maldecir, debió besar la mano de Carlota. En cuanto lo viera muerto de aquella manera el club franciscano hizo de Marat su dios, y pidió para el dios su templo de inmortalidad, el Panteón. Siempre hubo rivalidad entre jacobinos y franciscanos, más gubernamentales aquéllos y más exaltados éstos. En París se nota una grandísima diferencia entre la orilla derecha y la orilla izquierda del Sena; más potentada pero menos noble aquélla; más patriótica y menos industrial esta última. Los jacobinos campaban á la derecha, mientras á la izquierda los franciscanos. Así, recibieron aquéllos con suma frialdad la propuesta de alojar al muerto en el Panteón tras su reciente hazaña de promover la dictadura municipal, rebajar la Convención y perseguir los girondinos. Entonces creyeron los parciales del difunto superior á su apoteosis oficial en el Panteón un popular entierro. Sepultarlo, pues, en el sitio de sus triunfos, en el barrio de su popularidad, junto á la tribuna de sus arengas, próximo á la madriguera desde cuyas humedades y tinieblas había trastornado al mundo entero. Nadie allí en el barrio se acordaba de lo que había escrito y de que sus papeles fueran como la sombra del manzanillo para la revolución. Perdonábanle su inhumanidad por su pobreza. Viéndole tan pobre como el día de su nacimiento el día de su muerte, lo tomaron por un modelo de pública moral. Después de haberlo sido todo en la revolución francesa, nada tenía el cuitado que testar á los suyos. Así, organizóse para honrar su cadáver una procesión, en la cual todos los asistentes lloraban. Esta procesión fué fantástica por lo mismo que fué nocturna. Desde la hora del crepúsculo hasta la hora de media noche duró. Brillaba con melancólica tibieza la mustia luna, y sus argénteos rayos endulzaban el siniestro resplandor de las antorchas fúnebres. La iglesia de los franciscanos guardaba un jardín lleno de poesía, y en este jardín se dió á Marat tierra. Los sauces llorones y los piramidales cipreses alternaban allí con los túmulos y piedras funerarias. Pendían farolillos muy tibios de las ramas, y grandes braseros brillaban sobre las piedras. El presidente de la Convención pronunció el elogio fúnebre, y cada uno de los asistentes lanzó una flor sobre la sepultura tendida bajo un sauce. A la una de aquella madrugada dormía el divinizado en la cama de su eterno reposo. Pero, ni aun allí pudo dormir en paz.

Era Marat extraordinario; en lo físico un verdadero monstruo; en lo moral un verdadero loco. Solamente por demencia crónica pueden explicarse sus exaltaciones furiosas y sus desarreglos nerviosos; aquella fiebre aguda y diaria que difundía por toda su piel y

por todo su cuerpo los horrores de la encendida sangre suya; el movimiento continuo de su pluma con el continuo revoloteo de su idea; la monomanía perpetua que no cambiaba ni de objeto, ni de naturaleza, ni de expresión siquiera; el tétano y la epilepsia, perdurables; el sistema fijo de odios inextinguibles á todas las superioridades, aun las consiguientes al genio y á la virtud; sus fantaseos sobre persecuciones y asechanzas; su misantropía que le arrastraba de suyo á huir el sol y encerrarse dentro de un subterráneo en perdurable noche; el insomnio que hacía de su figura un espectro; la desgana que lo redujo á la piel y á los huesos como aquellos antiguos y ayunos penitentes de la Palestina; el horrible culto antropofágico al asesinato; el espasmo de una elocuencia sin lógica en sus razonamientos y sin medida ni freno en sus formas. Aquel pañuelo grasiento en la cabeza tiñosa y deforme; aquellos labios áridos necesitados de remojarse con humana sangre; aquel desarrapado traje, á través de cuyos agujeros se veía la carne comida por cancerosas pupas, aumentaban el horror que sugería su personalidad, unas veces trágica, otras bufona, excepcional siempre. Dos razas bien opuestas se habían en su generación juntado, helvecio por su padre y español por su madre. Dos educaciones habían durante su infancia combatido en él, aquella por su padre procurada que le quería un verdadero sabio y aquella procurada por su madre que le quería un verdadero santo. Y lo que principalmente fué, un ambicioso. Le tentaban lo mismo las cumbres del Estado que las cumbres del saber. Se perdía por el vértigo de las alturas. Así no les pedía ningún otro provecho material que la facilidad de ocuparlas, pues no muy seguro de su mérito, magüer su desmesurado amor propio, necesitaba del premio ageno para la conciencia propia. Devoraba sin duda el amor á la gloria. Y, aunque añada en su autoleografía que también el amor á la humanidad, no debe creérsele, pues su amor se parecía mucho al amor de Tiberio, quien deseaba que la humanidad tuviese un sólo cuello para segarla de un sólo golpe. Lo que siempre fué, víctima del desengaño. Sus ambiciones desapoderadas no iban seguidas del medio congruente á satisfacerlas y á cumplirlas. Candidato de todas las academias, nunca obtuvo una plaza de número. Candidato á todas las Asambleas, se necesitó que la revolución llegase al *delirium tremens* para entrar en el Parlamento. Así, al verse despreciado, había correspondido con el odio al desprecio. Así el deseo de subir lo atormentaba, y para moderarlo tenía que macerarse, habiéndose formado así músculos y nervios tales que no le consentían de ningún modo moverse ni andar, se movía y andaba el infeliz á saltos como las liebres y como los conejos. Unid á esto el temblor de manos y pies, la expresión del rostro convulsivo, la vaguedad del mirar errante y os persuadiréis de que no debía parecerse aquel hombre á un sér natural y vivo, se parecía por necesidad á un ogro de infantiles cuentos. De las veinticuatro horas del día daba dos al sueño diario, á la mesa y al cuidado propios una hora, y en los tres años precedentes á su muerte no se permitió ni un punto de reposo, ni un instante de recreo. Así escribía hojas políticas,

sistemas filosóficos, tratado de Optica, libros de Fisiología, disertaciones sobre Anatomía, estudios de los colores fundamentales, y hasta novelas, como los *Amores del joven conde Potowchit*.

Mediano, muy mediano en facultades, naciera para pertenecer al montón, y podía prometerse de sus fuerzas llegar hasta médico y abogado de provincia; pero él soñó con grandezas desproporcionadas á sus medios; y buscando la originalidad, tropezó con la extravagancia y queriendo distinguirse de todos, se distinguió por el crimen. Así llegó á engolfarse todo entero en la Filosofía. Y él, tan original, no hizo más que copiar la doctrina de dos siglos, pero sin enlazarla con lógica de ningún género y sin digerirla ni asimilarla. Aquellos libros suyos parecían un bodrio cuando no parecían un vómito. El problema, que á la sazón embargaba la inteligencia universal, era cosa tan grave como la comunicación entre cuerpo y alma. Para resolverlo habían apelado unos á las ideas innatas, otros á las sensaciones matrices, á las nonadas los de más acá, y los de más allá á las armonías preestablecidas: Marat miraba cuerpo y alma como dos entidades en sí, aislados uno de otro, y comunicándose tan sólo por el flúido nervioso, palabra baldía, por dejarla sin explicación satisfactoria. Pero todavía las ciencias metafísicas dan margen á la libertad completa de investigación. Descartes, para sus problemas, había menester un espíritu limpio de todo, como esas pizarras donde no se ha escrito ni un cálculo, ni siquiera una cifra. Pero escribir de Óptica en fines del siglo pasado sin tomar en cuenta las observaciones de Newton, parece un procedimiento que sólo se puede ocurrir á la más desatada demencia. Da grima verle aborrecer, difamar, perseguir nada menos que á Laplace, el sublime revelador de la Naturaleza, y á Lavjissier, el mago químico, después de haber arrancado á sus retortas del mundo tantos secretos del cielo. Así cree que puede intentar una revolución en la ciencia para destruir sus oráculos como ha hecho una revolución en la monarquía para destruir sus ídolos. Pero, así como en política obedeció á las ideas reinantes; en ciencia, donde sus facultades no alcanzaban á realizar sus propósitos, intentó hallar la verdad, y sólo halló el sofisma, cegado por su excesivo amor propio. Una particularidad hay en sus ideas políticas, la particularidad comunista. Mientras los grandes oradores de la revolución, Mirabeau, Vergniaud, Dantón, Robespierre proclamaron la propiedad individual como base necesaria de las libertades humanas, Marat propendió al socialismo en sus más espantosos aspectos. Para él únicamente servían los derechos humanos á satisfacer las humanas necesidades. Cada hombre tiene derecho á coger en la sociedad y en la Naturaleza todo lo que necesita. Si para no morir de hambre ha menester devorar las carnes palpitantes de sus conciudadanos, devórelas en buen hora. Estas doctrinas llevaban aparejado el homicidio. Así no pedía la dimisión de los ministros; pedía sus cabezas. Para defender la libertad predicaba el derecho que, según él, tenían los pueblos de paear á cuchillo todos los conspiradores realistas. Para sus impacencias no

había nada tan baladí como los tardos procedimientos de justicia. Nada de prisiones, nada de procesos, nada de acusación y defensa; sin alguaciles, sin fiscales, sin magistrados; por el derecho de propia defensa; Marat pedía el exterminio de los reaccionarios clavándoles un puñal en el vientre y una bala en la cabeza. Tal era el monstruo de que Carlota Corday salvó al mundo.

La infeliz, muy creída de concluir con el gran terrorista, sólo había logrado engendrar el gran terror. Cuando yo ví triunfante la república entre nosotros presentí que la mataría una insurrección republicana. El primer tiro, dije, que aquí se dispare, dará en el corazón de la república. Sabía que habíamos hecho de los republicanos unos verdaderos combatientes, pero no unos verdaderos ciudadanos, duchos en la temeridad, ignorantes de la prudencia. Ellos sabían pelear con los demás, y no sabían gobernarse á sí mismos. Cualquiera republicano que se sublevará dentro de la república, y por cualquier motivo que se subleve, mata la república. Tuvieron que sublevarse los girondinos, pues engendraron el terror, quien, á su vez, engendró la dictadura. Y, si para generar el terror hubo causas universales, no puede negarse que la causa ocasional fuera el asesinato de Marat. Merced á él, creyeron los montañeses haber encontrado á sus enemigos con las manos en la masa de una horrible reacción. Y creyeron justas cuantas acciones políticas fueran encaminadas á destruir esta reacción. En la política montañesa no reinaba el espíritu cristiano; reinaba la vieja Razón de Estado clásica. Contra el enemigo siempre hay razón; para exterminar al enemigo siempre hay derecho. Y los acontecimientos parecían justificar estas injustificables máximas. Levantábase la guillotina en Lyon, aquella guillotina donde perecía deshonorado como traidor el mártir leal Charlier; los cañones, que habían rodado mudos por los arroyos de la industrial ciudad, se disparaban á mechazos en apariencia girondinos y realistas en realidad; Marsella se levantaba en somatén, y, aunque todos sus campanarios sonaban á rebato, nadie sabía si por la república ó contra la república sonaban; en muchos centros de población desaparecen los revolucionarios, diezmados por sus continuas luchas, y reaparecen los realistas intactos; en el puerto marsellés flota Rebequi ahogado, aquel Rebequi socio y compañero de Barbaroux en la toma del palacio de los reyes el diez de Agosto; Tolón aprisiona sus liberales y envía de plenipotenciarios á las poblaciones vecinas los enemigos de la libertad; desde Burdeos á Nantes reina la monomanía del suicidio colectivo, mostrada en perpetuos dañosos tumultos; la Montaña está en erupción inextinguible mientras los comités montañeses en guerra con todo el mundo; la dictadura municipal usurpada por los vencedores del treinta y uno de Mayo se crece y exagera en París; los clubs piden constituciones, las cuales no pueden escribirse al culebreo del relámpago ni guardar su centro de gravedad en aquella inestable mecánica; la resistencia de Calvados estaba vencida; los voluntarios congregados en Caen disueltos; los setenta y dos departamentos amigos de la Gironda mudos; generales de la libertad, como Wimpten, hablan de correr á

Londres y entregarse á Pitt; patriotas, como Guadet, huyen á las orillas del Garona en busca de refugio; once diputados visten hoy el uniforme de voluntarios, y tienen que quitárselo al día siguiente por haber caído sobre sus programas y sobre sus huestes la maldición y la derrota. No hay más remedio que retirarse. La retirada de los girondinos se cuenta entre las retiradas más bellas de la Historia. El camino de Caen á Burdeos les parece muy largo; mas lo emprenden; llenos de cartuchos sus cintos, con los fusiles á la espalda. No todos servimos para todo. Aquellos hombres, curtidos en la lucha del foro, no aciertan con el secreto de las luchas del campo. Once son los legisladores que han arremetido con tal empresa. Louvet lleva un itinerario exacto, por él escrito, habiéndole costado muchas penas para saber cómo la hostilidad popular le persigue y persigue á los suyos por todas partes. Pero no hay más remedio que cumplir el deber, y se cumple. Pisarán vívoras, pero no se detendrán en sus caminos. También las pisamos en nuestra vida social, y no tenemos derecho por ello á precipitarnos la muerte.

¡Cuáles cambios de la fortuna! Aquél Pétion, á Jesucristo comparado en el período de la Constituyente por sus innumerables cortesanos, rey de París, desde su alcaldía por haberse quedado con una gran porción del poder absoluto caído desde las ventanas del palacio á los arroyos de las calles; árbitro en todos los litigios entre la fuerzas militantes de los partidos parisienses en lucha y competencia; inscrito en la Gironda y sin reñir por eso con la Montaña; compañero de la familia real en su regreso desde Varennes y haciéndole sentir la superioridad inmensa de su influjo hasta desconocer en aquellas pobres mujeres á las princesas y á las damas; carcelero de la dinastía en su palacio de París; primer organizador del combate de Agosto; no tenía en el Junio siguiente ni espacio donde fijar los pies ni piedra donde reclinar la cabeza; encanecido á los cuarenta y dos años; nómada y fugitivo por los campos; fuera de la ley puesto por la Convención; señalado al puñal de los reyes por la vindicta republicana; desgarradas las vestiduras, el calzado roto, los pies manando sangre, el abismo de todos los peligros bostezando en torno suyo y la muerte batiendo las negras alas sobre su antes coronada cabeza. ¿Quién hubiese conocido á Barbaroux que le acompañaba? El dolor había tendido sobre su rostro una máscara de hiel que le quitaba la color de mármol phentélico rosado por el éter y el aire de Atenas. Insana y prematura crasitud gravada sobre sus músculos, descomponían su cuerpo, le robaba toda su nativa prestancia, desfigurado y maltrecho por neurosis agudas y por parálisis súbitas que le condenaban á la quietud y á la inercia. No hay á quien apelar en tamaña irreparable catástrofe. Los mismos comités fundados en las tierras que atraviesan los fugitivos para servir á la Gironda, se tornan veloces á los jacobinos y al jacobinismo. De donde quiera que hay una reunión de gentes, nna fiesta del pueblo, un día de mercado, deben huir si no quieren acabar en la demanda. Su viaje se parece á la marcha errante del ciego Edipo, á quien ladran y muerden los perros del camino, pero